

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO V. }

MÉXICO, AGOSTO 15 DE 1875.

{ NUM. 90.

UN SUEÑO VERDADERO.

—¿Qué tienes, alma mía? decía una madre á su hija, que por toda respuesta se abrazó á su cuello con ternura. ¿Qué tienes, hija mía, por qué no juegas hoy como lo haces todas las mañanas? ¿te cansaron ya las flores del jardín que tanto amabas?

La niña.—No, mamá, es que anoche he soñado.

La madre.—¿Y qué soñabas?

La niña.—Escucha: Soñé que me encontraba en un bello jardín, mas bello que el nuestro; habia muchas flores que tú me ayudabas á coger, y cuando algunas tenian espinas, se las quitabas y me las dabas para que formara ramos y guirnaldas con ellas. De repente te busqué y ví que te alejabas de mí; estabas pálida y triste y me decias á medida que te alejabas: *Adios, mi María, hasta el cielo.* Al fin ya no te ví mas, y desde entónces comencé á estar triste. Ya no me encontraba bien ahí, porque las pocas flores que quedaban, me parecian tristes, el cielo estaba negro, me hallaba entre una multitud de gentes que iban y venian corriendo unas en una direccion y otras en otra, pero todas distraidas y como si no estuvieran contentas; cuando habian cogido una flor ó cortado algun fruto de los árboles, los arroja-

ban para coger otro y despues otro; en medio de aquel ruido, me aturdia, me faltaba el aire, lloraba y sentia como frio en el corazon. Repentinamente ví una señora tan bella como tú, que tenia un vestido largo y muy blanco, alas de ángel con que volaba sin tocar el suelo, y que me veia como me miras tú; me acerqué á ella, y al momento me tomó con una mano y con la otra me fué abriendo paso, apartando el ramaje y quitando las espinas que nacian en el suelo; extendió sobre mi cabeza sus alas, y entónces desperté.

La madre.—Hija mía, ese sueño se parece al sueño de la vida; el mundo es hoy para tí, como un hermoso jardín que produce flores y frutos que yo escojo y pongo en tus manos; eres feliz, porque eres niña, y los niños aun no pueden probar las amarguras de la vida; acaso alguna vez me llame el Señor al cielo, entónces quedarás como creiste en tu sueño, en medio de una turba de gentes que corren en el mundo buscando una multitud de cosas que llaman *placer, riqueza, gloria, etc.* Cuando han alcanzado una cosa, quieren otra que luego olvidan por otra. Si alguna vez me alejo de tí, busca á esa señora con alas de ángel que te guió en tu sueño; es difícil hallarla, pero existe; se llama *La virtud.* Déjate guiar por ella, no te apartes del camino que te señale; ese

camino, aunque á veces es muy largo y penoso, siempre termina en otro mundo mejor que éste y donde todo es hermoso y verdadero; mundo que no conocemos, pero donde no se llora y se encuentra á las almas que amábamos aquí.

ANGELA LOZANO Y GOMEZ.

Agosto 5 de 1875.

Los puntos cardinales.

Estoy seguro, queridos niños, que no habeis olvidado que dejamos á Enrique en el momento en que salia con su estimada madre á dar un paseo por los alrededores de la villa. Ya os dije entónces, que era muy tempranito, las cinco y media ó poco mas, así es que el sol aun no habia salido, porque estábamos á últimos del mes de Setiembre, en cuya época no se levanta el rey de los astros hasta muy cerca de las seis.

Enrique, del todo alegre y gozoso, acompañaba á su madre y le decia:

—Sabe vd., mamá, que me encuentro muy bien hoy que he dejado la cama tan temprano?

—Pues no te lo decia siempre, hijo mio? contestó su madre. ¿Qué cosa hay mas bella que despertarse

cuando lo hacen los pájaros, las flores, los árboles, en una palabra, toda la naturaleza? ¿Qué cosa hay mas buena que respirar el aire de la mañana tan lleno de olorosos perfumes, y oír los trinos de las aves que cantan al Criador? Ellas con sus gorjeos le dan gracias á Dios nuestro Señor por sus inmensas bondades, enseñándonos á nosotros lo que tambien debemos hacer. Mira, hijo mio, mira lo que es la naturaleza, contéplala en este momento, y dá gracias á Dios que la ha criado tan hermosa.

Enrique escuchaba con grande atencion cuanto le decia su madre, y se sentia tan satisfecho gozando de aquel espectáculo, que no acertaba á pronunciar una palabra. Pero así que iba á contestar alabando la omnipotencia y sabiduría del Eterno, volvióse un poco, y quedó sorprendido, maravillado, al ver un inmenso globo de fuego que apenas salia del horizonte.

—Mire vd., dijo á su mamá.

Efectivamente; en aquel mismo instante apareció el sol grande y hermoso.

Enrique lo contempló entusiasmado un buen rato, sin hablar, hasta que su madre le dijo:

—¿Qué te parece, hijo mio, el rey de los astros?

—Me parece, contestó Enrique, una cosa admirable, majestuosa, sublime. No me cansaria de contemplarlo, y le prometo á vd., mamá mia, que con la ayuda de Dios he de verlo así muchas veces.

—Y sabes, hijo mio, cómo se llama ese punto de la tierra por donde sale el sol?

—Sí, mamá, se llama *Este* ú *Oriente*.

—Y el punto por donde se pone?

—Se llama *Oeste* ú *Occidente*.

—Muy bien, veo que te acuerdas. Y dime, Enrique, ¿el *Norte* y el *Sud* dónde están?

—Recuerdo, dijo Enrique, que el señor maestro nos dijo, que si al salir el sol nos poniamos de espaldas al mismo, levantando los brazos, la mano derecha nos dá la direccion del *Norte* y la izquierda la del *Sud*.

—A ver, pues, cómo lo haces, conforme lo explicó el señor maestro.

Enrique no se mostró indeciso. Colocóse de espaldas al sol, y alzando los brazos, indicó perfectamente el punto *Norte* y el punto *Sud*.

—¿Y sabes qué nombre comun tienen esas cuatro direcciones?

—Se llaman los *cuatro puntos cardinales*.

—Perfectamente, hijo mio. Observo con mucho gusto que te acuerdas de las lecciones que aprendes en la escuela. Continúa así, ama y respeta á tus padres y al señor maestro, aprecia mucho á todos los hombres, y especialmente á los demás niños de tu edad; y Dios te bendecirá y te guardará un lugar en el cielo.

Despues de esto, tomó la madre la mano al niño Enrique, y continuando su paseo se dirigieron nuevamente á la villa.

Al entrar en ella, la campana de la iglesia llamaba á los cristianos á misa.

—Enrique, dijo su madre, ¿oyes el sonido de esa campana?

—Sí, mamá.

—Sabes lo que significa?

—Nos llama á misa.

—Vamos, pues, á misa, hijo mio, y en ella daremos gracias á nuestro buen Dios por el bien inmenso que nos ha hecho y nos hace continuamente. ¿No has oído aquellos armoniosos trinos de los pajarillos que cantaban en la pradera? Pues bien; ellos en su voz melodiosa tambien daban gracias á Dios. Por consiguiente; te pareceria bien que nosotros no se las diésemos?

—No, no, mamá. Vamos á dar gracias á Dios.

—Y que le dirás, hijo mio, á Nuestro Señor para darle gracias?

—No sé, mamá..... le diré..... le diré.....

—Vamos, ¿qué le dirás?

—Le diré..... *Dios mio, yo os doy gracias porque me habeis criado, y ya que sois tan bueno que habeis criado tambien el sol y los pajarillos y las flores, guardadme para mí un lugar en el cielo y haced que sea digno de ocuparlo.*

—Bien, muy bien, contestó la madre de Enrique.

Repíte, hijo mio, muchas veces esta plegaria, y Dios, de seguro te oirá.

Y yo, mis queridos niños, que os amo mucho, tanto como la madre de Enrique amaba á su hijo, yo tambien os digo lo mismo, repetid con frecuencia esa plegaria, diciéndole muchas veces á Dios nuestro Señor, que *os guarde un lugar en el cielo y que os haga dignos de ocuparlo.*

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO IV.

DE LAS DIFERENTES ESPECIES DE REUNIONES.

SECCION TERCERA.

De los banquetes.

[Concluye.]

XXIV

Cuando la señora ó el señor de la casa, por hacernos un obsequio especial, nos sirvan ó nos hagan servir alguna cosa sin haber consultado ántes nuestra disposicion ó nuestro gusto, aceptémosla desde luego cortesmente, y si nos es absolutamente imposible tomarla, probémosla por lo ménos, ó hagamos que la probamos, como una muestra de consideracion y agradecimiento.

XXV

En las mesas de etiqueta no está admitido elogiar los platos. En las reuniones pequeñas y de confianza puede un convidado hacerlo alguna vez; mas en cuanto á los dueños de la casa, ellos apenas se permitirán hacer una ligera recomendacion de un plato, cuando el mérito de éste sea tan exquisito que no pueda ménos que ser reconocido por los demás.

XXVI

Cuando se esté sirviendo de un plato á toda la concurrencia, no debe principiarse á servir de otro de diferente contenido. Esta regla, de que muchas veces es necesario prescindir en los banquetes muy concurridos, casi siempre se observa en las pequeñas reuniones.

XXVII

Dirijámonos siempre á los sirvientes para que nos proporcionen todo lo que nos veamos en la necesidad de pedir, y no ocupemos en nada á las personas que se encuentran en la mesa. Sin embargo, cualquiera señora puede pedir á un caballero que se halle á su lado, que la sirva de un plato que tenga éste muy á la mano.

XXVIII

Siempre que encontrándonos en una mesa con el carácter de convidados, tengamos que dirjirnos á los sirvientes con cualquier objeto, hablémosles en voz baja, en un tono suave, y con palabras que así excluyan la familiaridad como la dureza y la arrogancia.

XXIX

En cuanto á los dueños de la casa, ellos no hablarán tampoco á los sirvientes en tono imperativo y acre, ni los reñirán en ningun caso, por graves que sean los desaciertos que cometan en la manera de servir á la mesa (§ IV, del art. 8º); y si ocurriese que un sirviente vuelque alguna fuente, ó rompa alguna pieza, sea esta del valor que fuere, aparecerán completamente inalterables en su afabilidad y buen humor, y si es posible, ni manifestarán haberlo percibido.

XXX

Los caballeros deben tener presente que su principal atencion en un banquete, es servir á las seño-

ras que tengan á su lado, y con especialidad á aquellas que han conducido al comedor; en la inteligencia de que á este deber, que desempeña siempre con gusto y con exquisita amabilidad todo hombre fino, están enteramente subordinados los placeres materiales que cada cual pueda proporcionarse á sí mismo.

XXXI

En la mesa debe sostenerse siempre una conversacion ligera y agradable, que mantenga constantemente viva la animacion y alegría de la concurrencia, y que esté exenta de toda palabra ó alusion que en alguna manera sea impropia de las circunstancias. Están por lo tanto severamente prohibidas en ella las discusiones sobre toda materia, las disertaciones serias, las noticias sobre enfermedades, muertes ó desgracias de cualquiera especie, la enunciacion, en fin, de toda idea que pueda preocupar los ánimos ó causar impresiones desagradables.

XXXII

Toca especialmente á los dueños de la casa promover y fomentar la conversacion de la mesa, é impedir que llegue nunca á decaer, hasta el punto de entibiar la animacion y el contento que deben reinar siempre en esta especie de reuniones.

XXXIII

Cuando la reunion es pequeña, la conversacion por lo comun es general: cuando es numerosa, cada cual conversa con las personas que tiene á su lado, pues para hacerse oír á una gran distancia seria necesario levantar la voz, y esto no está nunca permitido en la buena sociedad.

XXXIV

La alegría de la mesa debe estar siempre acompañada de una profunda y constante discrecion, así porque el hombre bien educado jamás se entrega sin medida á los afectos del ánimo, como porque el exceso del buen humor conduce fácilmente en la mesa al abuso de los licores, y nada hay tan vulgar ni tan degradante como el llegar á perder en sociedad la dignidad y el decoro, hasta aparecer bajo la torpe influencia de semejante extravío.

XXXV

Segun esto, seria una gran falta en los dueños de la casa, el empeñarse en hacer tomar á sus convidados mayor cantidad de licor que aquella que voluntariamente quisiesen. En esto no les harian ningun obsequio, ántes bien, pareceria que su salud les era indiferente, ó lo que es peor todavía, que querian atentar contra su dignidad y su decoro.

XXXVI

La sobriedad y la templanza son las naturales reguladoras de los placeres de la mesa; las que los honran y los ennoblecen, las que los preservan de los excesos que pudieran envilecerlos; y cual génius tutelares de la salud y de la dignidad personal, nos defienden en los banquetes de los extravíos que conducen á los sufrimientos físicos, y nos hacen capaces de manejarnos, en medio de los mas deliciosos manjares, con aquella circunspeccion y delicadeza que distinguen siempre al hombre civilizado y culto. Seamos, pues, sobrios y moderados en la mesa, y pensemos siempre que á ella no debemos ir únicamente á gustar de los placeres sensuales, sino á disfrutar de los encantos de la sociabilidad, y á poner por nuestra parte el justo y necesario contingente para los goces de los demás, y para la satisfaccion de aquellos que nos han hecho el obsequio de convidarnos.

XXXVII

Pero debe advertirse al mismo tiempo que es un signo de mala educacion y de poco roce con la gente, el mostrar en la mesa cortedad ó hastío, limitándose á probar de algunos platos y repugnando todos los demás. Las personas de buena educacion, si bien no se exceden nunca en la mesa, tampoco dejan de tomar lo bastante para nutrirse; manifestando de

este modo á los dueños de la casa la complacencia que experimentan, y haciéndoles ver que han tenido gusto y acierto en la eleccion y preparacion de los manjares.

XXXVIII

Suele usarse en la mesa, como un obsequio especial, el que unas personas inviten á otras á tomar vino junto con ellas. Para esto deben tenerse presentes las reglas siguientes; 1.^a un convidado no hará nunca esta invitacion ántes que el dueño de la casa haya dado de ello ejemplo: 2.^a las personas invitadas no pueden en ningun caso rehusar la invitacion; en la inteligencia de que si alguna de ellas estuviere impedida de tomar licor, lo acercará siquiera á los labios: 3.^a la eleccion del vino la hace la persona mas caracterizada, á excitacion de aquella que ha hecho la invitacion; y cuando alguna de las demás no puede tomar del mismo vino, es de etiqueta que pida permiso á la que ha hecho la eleccion, para tomar de uno diferente: 4.^a es enteramente impropio que se hagan invitaciones de esta especie entre señoritas y caballeros.

XXXIX

Al terminarse un servicio, los últimos que deben abandonar su plato son los dueños de la casa y las personas de su familia que los acompañen; á fin de impedir que alguno de los convidados, que haya empleado una parte del tiempo en servir á los demás, llegue á hacer el desairado papel de quedarse comiendo solo.

XL

Concluido el primer servicio, la señora de la casa se pondrá de pié para volver á la sala, y todos los circunstantes harán lo mismo, ofreciendo cada caballero el brazo á la señora que ántes condujo. Ya desde este acto, la señora de la casa marchará siempre por delante, y el señor de la casa cerrará la marcha; procurándose que el orden de ésta, respecto de los demás, sea el mismo que cuando la concurrencia vino por primera vez al comedor.

XLI

Preparada que sea la mesa de los postres, lo cual se hará tambien con orden y simetría, y consultando en todo la armonía de las formas y de los colores, la concurrencia pasará de nuevo al comedor. Al llegar el señor de la casa, cada cual tomará su asiento; esperándose siempre á que lo haga primero la señora de la casa, y apartando cada caballero, como se ha dicho ántes, la silla que ha de ocupar la señora que ha conducido, para que ésta entre cómodamente á ocuparla.

XLII

Luego que se ha terminado el servicio de los postres, se pone de pié la señora de la casa, y toda la concurrencia pasa á la pieza donde ha de tomarse el café.

XLIII

El café se sirve en una pieza separada, donde se sitúa una mesa al efecto, ó bien en la sala, como se ve generalmente en las reuniones de confianza.

XLIV

Solo en las reuniones numerosas, y en todas aquellas que tienen algun carácter público, oficial ó diplomático, están recibidos los discursos llamados brándis. Las personas que han de pronunciarlos, están naturalmente llamadas á ello por su posicion particular respecto del objeto del convite, por su categoría ó su representacion social, y á veces expresamente designadas con su debido consentimiento. Suele usarse, y es práctica digna de ser recomendada, que el número de brándis de etiqueta ó de designacion especial, se haga saber á los concurrentes por medio de la tarjeta que se coloca en el puesto de cada cual (§ VII), á fin de que no sean interrumpidos por alguna persona que espontáneamente quiera tambien tomar la palabra.

XLV

Es una insoportable incivilidad el pedir públicamente á una persona que pronuncie un brándis pa-

ra el cual no esté preparada. Léjos de hacérsele un obsequio, se la expone á pasar por el sonrojo de deslucirse.

XLVI

En los banquetes á que no concurren señoras, el dueño de la casa asume naturalmente todas las funciones, y recibe todas las consideraciones que segun las reglas de esta seccion corresponden á la señora de la casa.

XLVII

Terminado un banquete, los concurrentes deben permanecer todavia en la casa media hora por lo ménos, pues seria altamente impropio retirarse en el acto.

LA INFANCIA DE LOS HOMBRES CELEBRES.

LA ESCARAPELA DE NAPOLEON.

(Anécdota)

Hace mas de dos años, que estando yo una noche en casa de uno de nuestros célebres generales, adonde por lo regular concurrían varias personas de alguna distincion, y en la que pasábamos el rato rodeados á la chimenea, hablando de cosas indiferentes ó puramente familiares, entraron recado de que habia llegado Mr. Luis, (á) *Jacobito*, y en seguida vimos entrar un oficial de marina, jovencito aún y de muy distinguido porte.

El contraste de su nombre singular, con la elegancia de sus modales, y el recibimiento que le hicieron el general y su esposa, llamó la atencion de todos. Este interes dió lugar á un exámen de su persona que le fué en todo favorable, pues el tal *Jacobito* era un hermoso jóven, como de unos 22 años á lo mas, con aquel color moreno que se adquiere en el mar, ojos grandes y negros, aire franco y decidido, con todos los demás rasgos que á primera vista dan á conocer un jóven valiente. Su adorno no era ménos notable que su persona, pues aunque nadie sea capaz de hacer gran ostentacion con un uniforme de abanderado, á pesar de que el de *Jacobito* estaba tan bien cortado y tan ajustado á su elegante cuerpo, que no podia ménos de llamar la atencion, era sin embargo preciso que este oficialito tuviese en sí algo de interesante, para que aquel análisis que se hace de toda persona que entra por primera vez en un salon, adonde concurre mucha gente, se prolongase con él mas de lo ordinario; mas por casualidad ó de intento, las miradas de todos se fijaron en una parte de su traje, que discordaba de lo demás. En efecto, en el sombrero nuevo, negro y muy lustroso que *Jacobito* tenia en la mano, se veía prendida una vieja, ajada y grasienta escarapela. El general notó esta observacion y se lo advirtió en voz baja á su esposa, que le contestó con una dulce sonrisa, y *Jacobito*, que vió este movimiento, se puso mas encarnado que la grana; mas aquella repentina mutacion de su rostro no fué producida, ni por la vergüenza, ni por la confusion que le causaba tan numerosa como lucida tertulia, sino por una modesta cortedad, muy propia del pundonor militar, cuando se está delante de sus jefes; pero el general, viéndole turbado, le alargó la mano y le dijo: «Luis, ya sé que eres un muchacho valiente, cuenta con mi aprecio.» La generala le alargó tambien la suya, la que besó entónces con una viva efusion de respeto y de ternura. Escena fué esta que interesó á todos, pero cuya explicacion nadie se atrevia á exigir. La llegada del jóven habia interrumpido la conversacion, y cada uno estaba viendo cómo entablarla de nuevo, cuando un antiguo oficial, que toda la noche habia permanecido en silencio, se levantó de repente y dijo con voz bronca: «Mi general, ¿este es vuestro Santiaguito? ¡Ved aquí la verdadera escarapela!» arrebatando el sombrero de las manos del jóven, contemplándole tan atentamente que parece queria abrazarle, corriéndole las lágrimas hasta el bigote. Este nuevo incidente excitó aun mas la curiosidad de toda la tertulia, y levantándose todos para examinar tan misteriosa escarapela, algunas personas de las que goza-

ban mas confianza con el general, se acercaron á él, suplicándole les explicase todo lo que encerraba aquel enigma.

—¡Ah! dijo él, es una historia bien sencilla á la verdad!

—Pero magnífica en su esencia, replicó el viejo oficial; si mi generala gustase contarla, estoy seguro que haria derramar copiosas lágrimas. Todos insistieron en que se refiriese; el general consentió en ello, y resignándose el jóven oficial á que le pusieran en escena, hé aquí lo que se nos contó:

«Después de la entrevista que tuvo Napoleon con el emperador Alejandro, queriendo Bonaparte manifestar al autócrata las tropas que le habian vencido, mandó verificar una gran revista. Napoleon recorria con complacencia las filas de su guardia imperial, cuando de repente se paró en frente de un granadero que tenia una cicatriz en la cara, la que se extendia desde la frente hasta mas abajo de la mejilla, le miró un momento con orgullo, y señalándole á Alejandro, le dijo:

—¿Qué pensais de soldados que resisten á tales heridas? A lo que le contestó Alejandro con una admirable presencia de espíritu:

—¿Y qué juzgais de los soldados que las han hecho?

—Esos ya han muerto, dijo entónces con voz bronca y grave el viejo granadero, mezclándose con tan arrogante palabra en la conversacion de los dos mas poderosos monarcas del mundo. Alejandro, que observó habia turbado con su pregunta á Napoleon, se volvió hácia él, y le dijo cortesmente: Señor, vos sois en todo el vencedor.

—El guardia ha respondido por mí, dijo Napoleon, dirigiendo al mismo tiempo una señal de agradecimiento á su granadero.

Algunos dias después de la revista, se paseaba Napoleon por los cuarteles de su guardia, pensando quizá en el viejo granadero que le sacó del apuro en que le puso Alejandro, cuando le alcanzó á ver sentado en una piedra, las piernas cruzadas una sobre otra y haciendo bailar sobre su pié un chicuelo como de un año á lo mas. El emperador se paró delante de él; pero el veterano no se levantó por eso del asiento, y le dijo solamente: «Perdonad, señor, que no me levante, porque si lo hiciese, *Jacobito* chillaria como un pífano del rey de Prusia, y esto incomodaria tal vez á V. M.

—Bien está, le dijo Napoleon, ¿tú te llamas Santiago?

—Sí, mi emperador, y por eso he querido que este niño se llame *Jacobito*.

—¿Es hijo tuyo?

—¡Ni pensarlo, mi emperador! esta criatura es hijo de una cantinera á la que un bribon de hulano mató de un sablazo hace dos meses, al tiempo que alargaba un poco de aguardiente á su anciano marido que acababa de perder una pierna de cuya herida murió; pero ántes murió su esposa, y este niño quedó huérfano.

—¿Y tú le has adoptado por hijo? le dijo el emperador.

—Señor, yo y los demás granaderos le encontramos sin casi mover pié ni mano, llorando á gritos y con el estómago tan vacío como cañon de órgano: su viejecito padre, que aun alentaba alguna cosa, nos contó, cómo su madre habia muerto en el servicio de V. M., y entónces todos le adoptamos, y como yo fui el que le ví primero, he sido el encargado de criarle.

Napoleon se paró un momento á considerar al granadero que continuaba dando á *Jacobito* leccion de equitacion sobre su pié, y después le dijo:

—Santiago, ¿te debo yo alguna cosa?

—¿A mí, mi emperador? Vos me habeis dado la cruz por este rasguño; yo soy el que debo corresponder por ella.

Napoleon le replicó: es por lo que dijiste el otro dia al emperador Alejandro.

—Yo no le dije nada indecoroso á ese emperador: ¿se ha quejado de mí por casualidad?

—No, ciertamente, dijo Napoleon; pero quiero recompensarte. Vamos, dime lo que deseas.

—A fé mia, respondió Santiago, que yo nad

cesito; mas ya que quereis darme una prueba de amistad, dad alguna cosa á este chico, pues esto contribuirá á su felicidad.

—Con mucho gusto, dijo el emperador: y levantándose Santiago se acercó, tomando el niño en brazos, mientras Napoleon buscaba en sus bolsillos alguna cosa que darle. No encontró mas que algunas monedas de oro que desechó al instante, pues sabia que no era con semejante moneda con la que habia ganado el corazon de sus soldados; los registró de nuevo sin que encontrase otra cosa mas que papeles: en fin, no sabia ya qué hacerse, cuando se acordó de la caja que tenia en un bolsillo del chaleco y se la alargó al granadero; éste se echó á reír mirando la caja y diciendo:

—¡Qué disparate! ¡dar una caja de tabaco á un niño que aun no lo gasta!

El emperador iba á replicarle, cuando sintió que le tiraban del sombrero, y vió que el niño que tenia en sus brazos el granadero, alargando su manita á la presilla, jugaba con la escarapela.

—Atended, señor, dijo el granadero, el chiquillo es mas astuto que nosotros, hace como V. M., toma lo que le conviene,

—Pues, contestó el emperador, que la guarde, y arrancando él mismo la escarapela del sombrero, se la entregó al niño.

—Vamos, haz ver á S. M. que sabes hablar, y el niño, riendo y dando palmaditas, tartamudeó dulcemente las palabras: *viva el emperador!*

Desde este dia, Santiago hizo muchos viajes, volvió á Paris, fué á Madrid, regresó á Viena, penetró hasta Moscou, y acompañó á Napoleon á la isla de Elba. Jacobito se halló en todas las campañas, ya dando sus pasitos en pos de las avanzadas que daban los granaderos de la guardia, ya conducido con los bagajes, y algunas veces á horcajadas encima del costal del *cantinero*. Tenia un sablecito y una gorra de cuartel, que se ponía dejándola caer hácia la oreja, tocaba el pito como un ruiseñor, y Santiago, que amaba y honraba á Napoleon tanto como á su padre y á su mismo país, habia enseñado á Jacobito á amarle y honrarle tambien. No sabia el granadero cómo conseguiria que el niño llevase consigo siempre la escarapela; y de pronto le ocurrió la idea de encerrarla en un medallon el que colgó de su cuello, diciéndole: «Escucha, Jacobito, todas las mañanas al levantarte y por las noches cuando te acuestes, al ver este medallon has de rezar; como no lo hagas te haré comer las sopas hirviendo sin soplarlas.» El niño fué tan exacto en cumplir el mandato, que por espacio de ocho años, noche y mañana, se arrodillaba Jacobito para rogar á Dios por su padre Jacobo y por el emperador.

En estos ocho años se remontó la Francia á la cumbre de la gloria y del poder, y se la vió abatida en la desgracia. Napoleon fué desterrado á Santa Elena y el ejército fué licenciado. Al pobre Santiago y á todos los demás compañeros se les envió á sus casas, sin mas recursos que sus tres galones, su cruz y su pobre huerfanito. Luis, que tenia entónces nueve años, comenzaba ya á comprender su desgracia, y muchas veces me ha contado que lo que mas le afligia era ver á su valiente padre, que pocos meses ántes habia hecho marchas forzadas de 15 á 20 leguas por dia con su fusil, fornituras y mochila á cuestas, caer casi moribundo de fatiga al cabo de algunas horas de camino, á pesar de que no llevaba mas que un pequeño fardo de equipaje y un miserable palo. De dia en dia se iba debilitando, teniendo que pasar muchas noches en los establos, sin mas abrigo que la paja que le recogia en la cuadra Jacobito: le velaba por la noche y le daba los pedacitos de pan que obtenia de los amos de la casa; pero por último, la debilidad de Santiago se aumentó de tal manera que se tuvieron que parar en una choza en medio del campo, donde el infeliz soldado, vencido por el dolor, dejó escapar á pesar suyo estas palabras: «Jacobito, un poco de aguardiente, ó me muero.» El pobre muchacho echó á llorar á gritos y yéndose á la orilla del camino mas inmediato, probó á pedir limosna; mas no recogiendo nada, estaba á punto de desesperarse, cuando de pronto le ocurrió una idea, de las que inspira la des-

gracia; se puso de rodillas, y sacando el medallon del pecho, entre gritos y sollozos repetia: «¡Dios mio, Dios mio! socorred á mi papá Santiago!» y lo repetia sin cesar aunque interrumpido por fuertes sollozos. «Dios mio! socorred á mi papá Santiago!» A este tiempo pasó un caballero y acercándose á Jacobito, le hizo varias preguntas á las que le contestó refiriéndole su historia, bañado en lágrimas, concluyendo por decirle: «Mi papá Santiago me ha prohibido desprenderme en ningun tiempo de esta escarapela, me ha dicho que en ella tenia mi proteccion y mis bienes, yo me dejaria cortar un brazo ántes que soltarla; mas sin embargo, si quisierais darme dos cuartos para llevar aguardiente á mi pobre papá Santiago, yo os la daria.» El extranjero todo enternecido, dijo al niño: «Ese que has implorado ha dejado en Francia algunos antiguos soldados que partirán sus bienes con sus camaradas. Llévame donde está Santiago, y ese hombre.....»

—Este hombre benéfico, exclamó el jóven oficial de marina, interrumpiendo la relacion de la esposa del general, este hombre benéfico me tomó en brazos á mí, pobre mendigo, hizo trasportar á Santiago á su casa de campo, donde le volvió á la vida, le aseguró una subsistencia é hizo que me cuidasen á mí, huerfanito, como si fuera hijo suyo, y cada dia, Dios mio, me colma de beneficios! y al decir estas palabras, el jóven marino echó á llorar á gritos, y como el general y su esposa le tenian de las manos, le corrian las lágrimas por su hermoso rostro; pero pasado un momento, le dijo el general: «Luis, no concluyes la historia: te olvidas de decir, que te prometí volverte la escarapela el dia que vinieses con una charretera ganada en el campo del honor, como nosotros hemos ganado las nuestras, y ya veis, la escarapela está en su sombrero, porque Luis se ha hallado en la toma de Argel, y su capitán, que le habia recibido en calidad de aspirante, me le ha vuelto en la de abanderado.» Concluyendo estas palabras el valiente general abrazó á su hijo adoptivo.

Todos nosotros estábamos enternecidos, y el viejo oficial dijo en voz baja, enjugando sus ojos y bigote:

—Ya os lo dije de antemano, que os habíais de deshacer en lágrimas.

El rey sabio.

(FABULA.)

Cierto monarca de sábio
Se preciaba y con justicia;
La historia, no la malicia,
Fama le dió de astrolabio.

El consejo abandonaba
Por consultar las estrellas,
Y que habia humanas huellas
En la luna aseguraba.

Sus cortesanos tambien,
Alentando su aficion,
Por su asombrosa instruccion
Le daban el parabien.

Entre tanto el desgobierno
En sus estados crecia,
Mas el rey no le veia
Ni en verano ni en invierno.

Porque en los astros clavada
La vista, su pensamiento
Estaba en el firmamento
No en su patria desdichada.

Cierto dia un pobre entró
En el régio observatorio,
Y con voz de purgatorio
Limosna al sábio pidió.

El rey no dió muestra alguna
De verle, y dijo entre dientes:
Ea! esta noche, vivientes
He de encontrar en la luna.

Tiróle al punto el mendigo
De la ropilla y clamó:
En la tierra vivo yo
Sin sustento y sin abrigo.

Dejad el cielo, señor,
Pues tiene otro soberano,
Y tended piadosa mano
De vuestro pueblo al dolor.

*Tras de un fantasma corremos,
Y el imposible buscamos,
Ni vemos lo que miramos,
Ni miramos lo que vemos.*

El jabali y los ruiseñores.

(FABULA.)

Cierto señor, rico y vano,
Como son muchos entre ellos,
Muypreciado de buen gusto,
Muy creído de talento,
Unicamente porqué
Tenia mucho dinero,
Gratis llevaba á su mesa
A diferentes ingenios
Que con lisonja alababan
Su corto discernimiento,
Mendigando sus elogios,
Y aun á veces recibiendo
De su ignorancia en las artes
Despreciables documentos.
Una tarde discurría
Con un pobre jardinero
Por un parque solitario,
En cuya espesura vieron
A un jabali que labraba
La tierra con fuerte empeño
Para afilar sus colmillos;
Y en torno de él, muy contentos,
Infinitos ruiseñores
Siguiéndole con gorgeos.
El animal les oía
Tan grave y tan circunspecto
Como si en el *do, re, mi*
Fuera un ilustre maestro,
Bajando de cuando en cuando
La cabeza en cuatro tiempos
En señal de aprobacion;
Y aun se decia por muy cierto
Que le oyeron entre dientes
Dos *bravos* y tres *superbos*.
—Pues ¡cómo! dijo admirado
Nuestro gran señor al verlo,
¿Para juez de sus canciones
Han elegido indiscretos
A un animal tan salvaje?
—No entiende usted el misterio,
El jardinero responde:
El jabali, sin saberlo,
Hace salir de la tierra
Innumerables insectos,
Que de aquellos ruiseñores
Son exquisito alimento;
Y mientras ellos le siguen,
Para sacar su provecho,
El majadero discurre
Que es por amor y respeto.

*¡Qué de jabalis como este
En el mundo conocemos!
Pues digo! ¡y mil ruiseñores
Que hacen lo mismo que aquellos?*

PROBLEMAS DE ARITMÉTICA.

1º Dos correos parten á una misma hora de dos ciudades distintas, saliendo el uno al encuentro del otro. Pídese, recorriendo el primero la distancia que média entre las dos ciudades en 11 dias, y el segundo en 9, cuánto se habrán aproximado en un dia?

2º 17 pulgadas cuadradas, cuántos centímetros cuadrados son?

PROBLEMAS DE GEOMETRIA.

1º Por un punto dado de una recta, levantarle una perpendicular.

2º Por un punto dado fuera de una recta, bajar á ésta una perpendicular.